

LA bandeira nace, socialmente, dentro de un grupo humano que practica la pequeña propiedad y el policultivo, en las pequeñas haciendas, variadas y típicas, que esmaltan los alrededores de Piratininga.

Las "encomiendas" nunca pasaron de ser puntos de referencia para la fijación por parte de los conquistadores del mundo desconocido. La tierra como propiedad estable no podía interesar a hombres para los que una esmeralda valía muchísimo más que un gigantesco latifundio. Muchas veces, una simple carta del rey o cualquier distinción —un hábito de caballero de

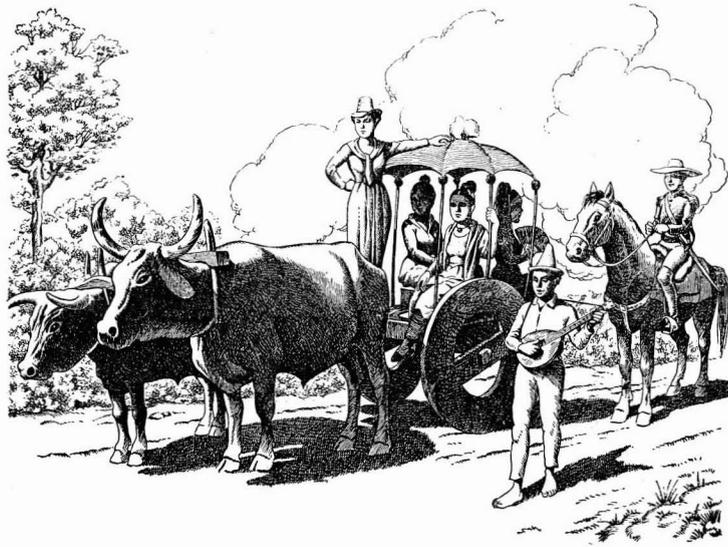


... Los bandeirantes serían poetas ...

alguna Orden, por ejemplo— bastaba para que el bandeirante realizase su expedición en busca del mito resplandeciente. La idea de la propiedad inmobiliaria sólo surge como consecuencia de la bandeira, pero nunca como su objetivo inmediato.

Las bandeiras son hechos históricos, que estudiaron maravillosamente hombres como Taunay y Basilio. Sin embargo, el fenómeno bandeira es un hecho social "constante y especial de la altiplanicie".

Este es su punto de partida característico. Mas ¿cómo estaba constituido socialmente el medio de donde partió la bandeira? ¿Cuál fué la repercusión que ejerció este grupo en la formación social brasileña o en sus relaciones con los demás grupos sociales? Lo que a simple vista se observa, es una relación de causa a efecto entre el hecho social y el histórico. En la bandeira el primero explica al segundo. Cosa que justifica lo que alguien dijo: que la historia es "la biografía de los hechos sociales". Explicaré con mayor claridad mi pensamiento: la realidad social de la altiplanicie produjo el fenómeno so-



LA BANDEIRA

cial de la bandeira. Las bandeiras (hechos históricos) son las fechas, las rutas y episodios heroicos de este fenómeno "bandeira". Son, pues, sus datos biográficos.

La primera condición social para que pueda realizarse la bandeira es la familia. En la altiplanicie, lo mismo que en otras regiones sociales, los tres aspectos vitales para la formación de la familia, son conocidos: la bandeira se forma mestizamente, patriarcalmente y cristianamente.

Si los actos de la vida diaria de cada bandeira se realizaban cristianamente, es natural que la familia —que era su origen biológico— tuviera también constitución cristiana. Tratase además de otra condición indispensable para que el fenómeno "bandeira" pudiera realizarse. No obstante todos los obstáculos que se oponían a ello.

Se cuentan entre estos obstáculos el medio tropical y la naturaleza polígama del ibero.

No era posible, afirman los documentos de la época, someterse al rigor de la ley ni a los impedimentos de consanguinidad. Ya Nóbrega pedía, como medida para favorecer las primeras uniones realizadas en la altiplanicie, que se dispensasen los requisitos cristianos y legales. La dispensa sería, de acuerdo con sus palabras, "remedio de muchos y sosiego y quietud de muchas conciencias".

Señalan los historiadores lo que había de instintivo en la organización de la familia bandeirante.

¿Qué podría valer por sí solo el individuo —se pregunta el ilustre autor de la *Vida e Morte do Bandeirante*— en un mundo en el que la fuerza bruta era la ley suprema? Organización defensiva, la agrupación familiar precisaba de un jefe que la guiara al modo romano: militarmente.

Además la sociedad colonial se formó sobre la base de la familia ibérica, cuya organización es eminentemente patriarcal.

Durante el siglo XVIII, el porcentaje de matrimonios consanguíneos en la altiplanicie era de un noventa y ocho por ciento.

En medio de los peligros de toda especie, la familia era como una isla humana, pequeña y refugiada en sí misma.

Considerado desde otro punto de vista, la mezcla prodigiosa realizada entre los aventureros y los aborígenes, en un momento en que sólo se observaban las leyes del instinto dió fuerza admirable al núcleo familiar que conseguía formarse cristianamente, remontando los apetitos desordenados donde todo se realizaba conforme a los impulsos de la naturaleza.

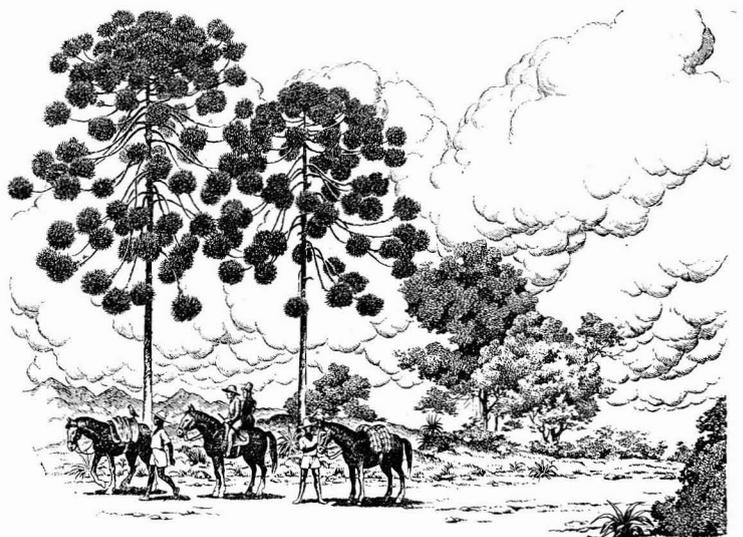
Además de estar constituida cristianamente, la familia desempeñaba una función mestiza condensadora de las cualidades que habían de formar nuestro patrimonio, como origen que fué de nuestro drama étnico, y como fijación de las cualidades que el sistema de matrimonios entre individuos de la misma clase realizado durante los primeros tiempos, creó y transmitió a los descendientes de los "pantalones de cuero".

Debido a los peligros que el sertón entrañaba, los jefes de familia llevaban preferentemente a los más aptos para la lucha, a los hijos y a los hermanos varones, que formaban un séquito aguerrido y disciplinado. Iban pocas mujeres. La esperanza que ellas depositaban en los jefes que partían, superaba con mucho al temor de que se desviarán de sus deberes conyugales por causa de las bellas indígenas que pudieran encontrar durante su camino. Lejos de



Y SU ORIGEN SOCIAL

Por Cassiano RICARDO



Preferían el oro a la tierra laborable

su hogar, sumergidos dentro de una naturaleza tan variada y fácil, que les ofrecía la belleza de las aborígenes siempre al alcance de cualquier deseo sexual, muchos bandeirantes olvidaron sus deberes conyugales, confiando en que les perdonarían cuando, de regreso al hogar, llevaran la alegría conseguida a las riquezas conquistadas a costa de tan penosos sacrificios.

Los bandeirantes eran hombres extremadamente duros cuando se trataba de dominar a los indios o de conseguir oro; pero eran en verdad amables en su trato social. Vehementes en sus respuestas al rey, pero cordiales en el trato de la mujer.

Estudiando la formación de la familia apenas en sus directrices y características más amplias, la conclusión a la que llegamos es la de que, en la altiplanicie, base social de la *bandeira*, la familia se formó mestiza, patriarcal y cristianamente.

Realmente, sin familia no podría haber existido la *bandeira*. ¿Qué es la *bandeira* en su esencia más íntima, sino una familia más numerosa o un grupo de familias puesto bajo el mando único del individuo más notable?

Aunque pese a los que acostumbra ver en la familia "una agrupación hostil a la agrupación política", lo cierto es que, para el brasileño en general, el Estado será siempre sinónimo de providencialismo patriarcal. Hasta hoy mismo, el gobierno es el Gran Padre del que hablan nuestros pueblos primitivos.

Mas es indudable que la vida de la altiplanicie no sólo se caracterizaba por esta solidaridad familiar. Muy por el contrario: aquí encontramos el germen primero de una solidaridad más amplia que la de la familia. Esta fué, es cierto, el fundamento biológico de la solidaridad social, pero no su único motivo. Grupo primario, tórnase dentro de él más vivos y numerosos los lazos de vecindad: las familias se relacionan entre sí mediante el mestizaje, la contigüidad, la economía, la necesidad de defensa común frente al común enemigo, la práctica de un sistema de vida profundamente democrático en el que predominan el policultivo, la pequeña propiedad, el campo común para la cría del ganado, el espíritu de cooperación en los asuntos de interés público, y, en fin, todas las formas de solidaridad social indispensables para el individuo que sabe que la familia, el clan, la vecindad y la cooperación serían sus únicos puntos de apoyo frente a aquel mundo desconocido y adverso.

En una sociedad en la que todavía no existe apego alguno a la propiedad inmobiliaria (latifundio), existe sin embargo, y con gran fuerza, el apego a la propiedad mobiliaria. Son innumerables las precauciones que se toman para prevenir el comunismo practicado por los indios y los negros: ningún negro podía vender cuero sin declarar su procedencia, o sin que el comprador comprobase la marca de identificación.

El valor de los terrenos o de la propiedad inmueble dependía de su aprovechamiento o de las mejoras que en él se realizaban. Hechas éstas, la cosa era muy distinta. Se hacen frecuentes entonces las medidas tomadas para defender la pequeña propiedad inmueble contra el ganado que destruía las siembras. Todavía no había llegado la época de las quintas, con sus pomares copiosos y multicolores, que tanto agradaron a Sain'Hilarie. La quinta era una especie de combinación de la hacienda y la casa urbana, del mismo modo que la casa híbrida fué la combinación jerárquica y democrática del medio social, en un tipo de construcción que combinaba la casa de paja con el sobrado. Los jardines de Bahía sorprendieron a todos los viajeros.

La lucha mantenida entre los ganaderos y los agricultores presentaba consecuencias saludables. Cuando la buena vecindad mantenida entre ambos se veía perturbada a causa del ganado, los moradores se entendían entre sí o era la Cámara la encargada de compensar los intereses puestos en juego. Estos conflictos surgidos entre ganado y siembras llenan actas y más actas de la época. Si el ganado andaba suelto, no podían realizarse los cultivos; la única solución posible era mantenerlo en corrales. Pero si el propietario del ganado, en vez de tener a éste en corrales, prefería dejarlo suelto en los campos próximos a la villa, no se araban ni sembraban dichos terrenos por causa de "algunas vacas" que andan por ellos. Si los moradores no podían labrar estos campos por causa del ganado que pastaba en ellos, llegado el caso, tenían que ir a labrar los campos situados a tres o cuatro leguas. Y si tenían que ir a labrar los campos situados a tres o cuatro leguas, no podían asistir a misa. ¿Y si se llevaba al ganado más lejos todavía? Pues entonces las fieras se encargarían de él, y sólo dejarían, a manera de recuerdo, el "cuero fresco". Cuando se decide marcar el ganado a fin de garantizar

su propiedad, no se consigue más que perder el tiempo, ya que ni las fieras ni los ladrones reconocían este privilegio.

El "equilibrio ecológico", en el que tanto influyen las plantas y los animales traídos del Viejo Mundo, fija al hombre en aquel paisaje que él había de dominar a través de su penetración histórica. La democracia mestiza no habría podido producir la figura del mameluco, si no hubiera contado con la ayuda de una buena nutrición; si el medio económico y social, el policultivo y los pequeños rebaños no hubiesen cooperado con ella en su obra creadora. Lo que no me parece absolutamente cierto es que todo sucediese siempre de este modo, según quieren algunos. En esas ciudades asediadas, en lucha casi permanente con los enemigos del litoral y del sertón no siempre podría encontrarse el vergel paradisíaco y nutritivo al que hace referencia un infatigable investigador de los acontecimientos bandeirantes. El lenguaje empleado en la redacción de las actas no siempre muestra dicha riqueza, en especial cuando habla de buscar "remedio para la pobreza de esta villa". En una petición dirigida al rey, se aducen cosas "que son más para sentir las en la propia carne que para narrarlas gimeando".

Los ganaderos desempeñaron un papel importantísimo en la formación social de Piratininga. No me refiero a la expansión geográfica realizada por ellos en compañía de los *bandeirantes*. Este aspecto "es característico del norte del país", donde los criadores de ganado de Sergipe y Bahía conquistaron una vasta extensión de territorio merced al gradual desarrollo de sus numerosas manadas de bovinos.

En la altiplanicie, donde se originó y nació la *bandeira*, conviven unidos bandeirantes y criadores de ganado. De igual forma que no es raro que labradores y bandeirantes lleguen a confundirse por completo.

Las minas, en términos generales, no aportaron riqueza alguna a la altiplanicie. La producción de las minas se expresa brevemente en una carta que el pueblo del altiplano envió al rey en 1736, para exponerle cierta pretensión. Hacía ochenta años que las minas de Paranaguá y Coritiba estaban produciendo oro. De las Gerais se extraían millones desde hacía cuarenta años; las de Cuiabá y Perpanema, llevaban cincuenta años ofreciendo toda su riqueza. Las de Goiás, todavía en el

comienzo de su producción, daban ya magnífico rendimiento; y, en tanto, los paulistas eran los más "imposibilitados de poseer capitales, porque sólo sabían gastar y no adquirir".

En resumen, podemos afirmar que el altiplano, pobre porque no disponía de dinero ni de oro, poseía una riqueza inicial propia: la de sus pequeños sembrados y reducidos rebaños, que explica la fortaleza de esta raza bien nutrida y calcificada que creó la *bandeira*.

¿Cómo comían, bebían, vestían y dormían los bandeirantes?

En la mesa hay cucharas, tenedores, platos, vasos de vino, pero... los cuchillos faltan.

El hábito de no andar nunca sin navaja, que Freireyss observó en Minas, es precisamente lo que explica, según él, el hecho de que no haya cuchillos en la mesa; y era natural que esto sucediera en la naciente sociedad bandeirante, donde los cuchillos y los tenedores brillan por su ausencia. Dejando a un lado esta observación de Freireyss, no hay nada de extraño en este hecho. "Ya en la edad moderna, y tanto en los palacios de los reyes como en las casas de los burgueses, se comía sirviéndose de los dedos". En tiempos de nuestro Don Juan VI, en pleno siglo XIX, se comía tranquilamente con los dedos, y se guardaban pedacitos de gallina en los bolsillos.

Lo absurdo habría sido lo contrario: que los bandeirantes hubieran comido con cuchillo y tenedor en aquel medio selvático y pintoresco de su época. Ellos, que muchas veces tenían que comer raíces de los árboles y carne de perro para no morir de hambre.

El lecho, en un principio, no era más que un simple catre. El bandeirante no poseía cama. Después van apareciendo las camas torneadas, con sus cortinas y su dosel; las camas cuya colcha está bordada en rojo o en cualquier otro color. Ya se puede dormir arropado por una manta de lana. Cuando el hombre sale a bandeirar lleva consigo todo lo que puede. En pleno sertón, la cama es una hamaca colgada entre dos árboles, en la cual se encuentra descanso en la noche, o reposo en las enfermedades. Tanto en la cama hogareña cuanto en la hamaca, el sueño del bandeirante está siempre igualmente agitado por pesadillas de riquezas fabulosas, en las que fulguran trozos del amarillo metal y piedras azules o verdes, guardadas celosamente

por monstruos horripilantes.

¿Cómo vestían los bandeirantes? Todo el mundo conoce ya su típica figura. Esclavina de estameña, botas de cuero, hacha a la cintura y escopeta al hombro, y casaca de algodón o de piel de cabra, esto último si se trata del jefe de algún paqueño ejército. Muchos bandeirantes se libraron de ser mordidos por las cobras gracias a sus altas botas de fuerte piel. Nada mejor que estas botas de caña alta, para librarse de las agudas espinas tan abundantes en aquellos caminos desconocidos, espinas que sólo los "caneludos" y los "pies largos" soportaban, gracias a la dureza adquirida por las plantas de sus pies, inmunes al aguijón de las hormigas de fuego y a los espinos. Un ancho sombrero como defensa contra la inclemencia del sol, completa su indumentaria, pero no se libra del calor y de la sed.

¿Cuál era la procedencia social de los individuos que llegaban a través del Atlántico? Antes de responder, es preciso recordar que el medio social de la Península Ibérica estaba dividido en tres sectores: la rancia aristocracia, la burguesía opulenta y la plebe indiferenciada o clase pobre. De esta última salieron los primeros pobladores.

Los ricos, los que vivían cómodamente en su medio aristocrático, no habían de venir a afrontar los peligros de toda especie, dado que la más noble hidalguía o la más pura sangre nada servían frente al salvajismo del mundo desconocido, donde imperaba la antropofagia. Antropófagos e hidalgos no podían llevarse bien.

Todos los colonizadores descendían de alguna familia hidalga del reino, si bien solía ser a través de muchas bastardías y de muchos cruces afro-asiáticos. Alfredo Elis hizo una interesante clasificación de los colonizadores en la siguiente forma: descendientes, por una rama u otra, de aristocráticas familias peninsulares; pobladores que se llamaban hidalgos, aunque no es posible saber si esta hidalguía se relacionaba con la aristocracia de los reinos peninsulares, o si se debía a méritos personales; colonizadores sin título alguno y de ascendencia ignorada; y, finalmente, colonizadores de indudable origen plebeyo, multitud inmensa que Taunay llama *vulgum pecus*. Estos constituían la inmensa mayoría de los colonizadores de América.

Consideremos cuál fué el papel desempeñado por la bandeira respecto de la cul-

tura de la altiplanicie, y "sus influjos recíprocos".

¿Cuál era el grado de cultura del poblador de Piratinga? ¿Cuál fué el comportamiento intelectual —permítaseme la expresión— del grupo humano allí establecido? ¿Habría ejercido alguna influencia en la realización del fenómeno expansionista la "clase" de inteligencia de que estaba dotado este grupo?

No ha faltado quien afirmara, como si tal cosa pudiese alterar el curso de la Historia, que Joao Ramalho, además de judío, era analfabeto... "Lo que está fuera de toda duda es que el célebre alcalde mayor de Borda do Campo no sabía escribir su propio nombre". ¿Hubiera sido necesario que los trabajadores y las autoridades dejaran de desempeñar su cometido por no saber escribir? Es cierto que Aleixo Jorge, al ser nombrado tesorero de las bulas de la Santa Cruzada, renunció a tan honroso cargo, por no saber leer ni escribir. Todavía eran más incultas las mujeres, según el testimonio de algunos historiadores indiscretos. La primera y única mujer que sabía escribir su nombre en Sao Paulo, fué Leonor de Siqueira, esposa de Luis Pedroso de Barros, que llegó a la ciudad a mediados ya del siglo XVII. Después de ella, aparece Magdalena Hols-

quor, mujer de Manuel Vandala, lector asiduo de la *Divina Comedia*.

Papini nos ha hecho, en cierta ocasión, la siguiente pregunta: ¿Qué sois vosotros, odiosos intelectuales, frente al rudo campesino que trabaja la tierra para daros de comer?

Podríamos también preguntarnos: ¿Qué sois vosotros, odiosos intelectuales, frente a aquellos héroes que, calzadas sus grandes botas, atravesaron todo un continente, abriendo selva y caminando doscientos o cuatrocientos leguas a pie, muchas veces sin tener siquiera qué comer, para entregaros una patria, gracias a su esfuerzo?

Anchieta, nuestro primer *bandeirante* espiritual, comprendió muy claramente lo irreconciliable que era el intelectualismo puramente libresco con las fuerzas nuevas y puras, que no podían ser deformadas.

No. Los bandeirantes no debían ser intelectuales; serían poetas.

Los poetas de los tres espejismos maravillosos, cuyo resultado fué la formación de una gran patria.

Extracto del capítulo IV del libro *La marcha hacia el Oeste*, de Cassiano Ricardo, que publicará próximamente el Fondo de Cultura Económica en su colección "Tierra Firme".

HISTORIA DOCUMENTAL DE MIS LIBROS

(Viene de la pág. 2)

Don Rafael Altamira, a quien yo conocía desde México (1910), me invitó a visitarlo en cuanto supo de mi llegada a España; pero no creyó oportuno presentarme, como yo se lo pedía, con don Francisco Giner de los Ríos —quien acaso me hubiera ayudado a encontrar más pronto mi camino—, porque, según me explicó, el ilustre anciano estaba ya muy cansado y achacoso. Yo creo que don Rafael nunca comprendió bien mi situación en España y las razones de mi viaje, pues cuando, poco después, nos cruzábamos en el Centro de Estudios Históricos, siempre me decía: "¿Usted por aquí? En su tierra es donde hace falta la gente como usted". El no podía figurarse el dolor que me causaba con eso. Muchos años más tarde tuve el gusto de verlo otra vez en México, adonde volvió con los refugiados republicanos, y aquí murió rodeado del respeto que merecía. Trabajó hasta el último instante con ardor ejemplar. No se daba a partido, y cuando sus compatriotas se quejaban, solía decir con tono zumbón, peinando sus barbas de octogenario: "Muy

mal anda el mundo. La verdad es que vamos a tener una vejez muy triste."

En tanto, año de 1915, los tres huéspedes de Torrijos —Acevedo, Guzmán y yo— nos las arreglábamos como podíamos. Martín y yo llegamos a recorrer, sin éxito, las casas de pinturas, procurando vender unos pasteles y unas acuarelas de Acevedo, visiones de arquitecto que no interesaban al *marchand*: la Puerta de Alcalá, paisajes de las afueras, "La casa en construcción", donde los albañiles trepaban por los andamios acarreando vigas, sogas, cubos. Este último cuadro me parecía una escena egipcia, algo como la edificación de las pirámides, y hoy daría cualquier cosa por recobrarlo, pero creo que ya ni existe. Poseo solamente un "Paisaje del Oeste". En otra parte he descrito la vida de mi amigo en Madrid. ("Notas sobre Jesús T. Acevedo", *Simpatías y diferencias*, 2a. ed. II, págs. 292-299.)

La situación llegó a ser dura. Cierta vez, aprovechando una buena oferta, compré un saco de patatas para asegurar por unos días la comida de mi familia, y a régi-

men de patatas nos pusimos. Pero la casa de Torrijos era húmeda como esponja, las patatas echaron brotes al calorcito de las camillas o braseros y ya no fué posible comerlas. En fin... aquí de Napoleón. Además, los tenderos de la esquina, con la bondad propia de aquel pueblo, me fiaban todo y esperaban pacientemente y simulando no percatarse, a que yo fuera pagando como podía.

Por suerte, aquella España —todavía de la "preguerra"— conservaba un ancho margen de gratuidad. Más de una vez pedí de beber en un pueblo, y en vez de agua me trajeron vino. "El vino lo da Dios", y no me quisieron cobrar. El mozo, en los Toros, se negaba a recibir doble propina: "Ya me ha dado su compañero". El cochero de punto prefería arrancar sin cobrarme, para que yo no me incomodara en cambiar un billete al término del servicio. ¡Utopía, Jauja! (Ver mi "Ensayo sobre la riqueza de las naciones", en *Cartones de Madrid*.) El solo espectáculo callejero tenía a mis ojos cierto aire de regocijo teatral, de zarzuela de los buenos tiempos: "La Verbena de la Palo-